



## El cautiverio de Alonso de Monroy y Pedro de Miranda en el *scriptorium* de la conquista de Chile

### The Captivity of Alonso de Monroy and Pedro de Miranda in the *Scriptorium* of the Conquest of Chile

Eric Salazar Lisboa\*

Recibido: 20/03/2023 | Aceptado: 01/08/2023

#### Resumen

El artículo analiza el cautiverio de Alonso de Monroy y Pedro de Miranda en el *scriptorium* de la conquista de Chile, con la finalidad de develar, en clave comparativa-contrastativa, los componentes que perviven en la estructura profunda y los sentidos que adopta su textualización. De manera específica, el corpus está compuesto por las *Cartas* de Pedro de Valdivia (1545-1552), la *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reynos de Chile* de Gerónimo de Vivar (ca. 1558), la *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado* de Alonso de Góngora Marmolejo (ca. 1576) y la *Crónica del Reino de Chile* de Pedro Mariño de Lobera (ca. 1595). En estos escritos la narración iterativa del cautiverio permite reconocer dos categorías propias del imaginario occidental: el poder y el ser, en razón del interés que suscita consolidar la posición de superioridad de los conquistadores frente a los indígenas o encubrir la pérdida de su hegemonía. Al mismo tiempo, se intenta demostrar que los procesos de transformación no operan sobre los soldados cautivos, articulando así un relato que, si bien difiere en sus propósitos particulares, se encuentra en relación con un mismo universo textual.

**Palabras clave:** cautiverio, conquista de Chile, *scriptorium*, poder, ser

#### Abstract

The article analyzes the captivity of Alonso de Monroy and Pedro de Miranda in the *scriptorium* of the conquest of Chile, to reveal, through a comparative-contrastive study, the components that survive in the deep structure and the meanings that its textualization adopts. Specifically, the corpus corresponds to the *Cartas* written by Pedro de Valdivia (1545-1552), the *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reynos de Chile* written by Gerónimo de Vivar (ca. 1558), the *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado* written by Alonso de Góngora Marmolejo (ca. 1576) and the *Crónica del Reino de Chile* written by Pedro Mariño de Lobera (ca. 1595). In these texts, through the repetitive narration of captivity, two categories typical of the Western imaginary during the conquest of America are

\* Chile. Doctor en Letras, Universidad de Talca, Vicerrectoría de Pregrado, Programa de Formación Fundamental. Profesor a cargo de las cátedras de Comunicación Oral y Escrita I y II, y de Español. Investigador en la misma universidad. E-mail: [ericosalazarlisboa@gmail.com](mailto:ericosalazarlisboa@gmail.com)

recognized: power and being, because of the interest these authors have in consolidating the position of the superiority of the Spaniards conquerors over the indigenous. At the same time, an attempt is made to demonstrate that the transformation processes do not operate on captive soldiers, thus articulating a story that, although it differs in its particular purposes, is related to the same textual universe.

**Keywords:** captivity, conquest of Chile, *scriptorium*, power, being.

## I

Alonso de Monroy, teniente general de Pedro de Valdivia, formó parte de la comitiva organizada para reemprender el viaje a Chile tras el fracaso de Diego de Almagro en 1537. En el marco del tensionado proceso de colonización, Monroy intervino a favor de Valdivia en las dos conspiraciones en su contra y asumió un rol preponderante en la defensa de la recientemente fundada ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, durante el alzamiento indígena ocurrido el 11 de septiembre de 1541. En las cartas de Valdivia este último evento es descrito como un “triunfo” (1991, II: 67; IX: 143), significante que encubre el verdadero estado en que se encuentra el asentamiento tras el ataque y actúa como preludio del viaje de Monroy al Perú en busca de nuevos recursos materiales. Durante esta travesía, Monroy y su compañero Pedro de Miranda fueron hechos cautivos por los indígenas de la región en su paso por el valle de Copiapó.

En este trabajo analizaremos precisamente este cautiverio en el llamado *scriptorium* de la conquista de Chile, compuesto por las Cartas de Pedro de Valdivia (1545-1552), la *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reynos de Chile* de Gerónimo de Vivar (ca. 1558), la *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado* de Alonso de Góngora Marmolejo (ca. 1576) y la *Crónica del Reino de Chile* de Pedro Mariño de Lobera (ca. 1595).<sup>1</sup> El análisis tendrá como finalidad poner de manifiesto, en clave comparativa-contrastiva, los componentes que perviven en la estructura profunda de este relato y los sentidos que adopta su textualización.

Según la caracterización realizada por María Laura Pérez Gras sobre los relatos de cautiverio, el de Monroy y Miranda puede considerarse un cautiverio de tipo indirecto, dado que está escrito en primera o tercera persona por un cronista distinto del cautivo (2013: 386), de ahí, entonces, que Jaime Concha lo categorice como una “memoria de un cautiverio” (1986: 12). Esta nomenclatura sigue los planteamientos de Lidia Nacuzzi, según los cuales “[l]a gran mayoría de los datos sobre cautivos nos han llegado a través de relatos de terceros” (2011: 5). En otras palabras, tanto Valdivia como los demás cronistas del corpus han dejado constancia de un hecho del cual no fueron protagonistas, lo que lleva a María de Jesús Cordero a describir el evento como una “historia intercalada” en

<sup>1</sup> El relato aparece en reiteradas ocasiones dentro del corpus, específicamente en las cartas II, III, VIII, IX de Valdivia; en los capítulos 43 y 44 de la crónica de Vivar; en el capítulo 5 de la crónica de Góngora Marmolejo; y en el capítulo 12 de la crónica de Mariño de Lobera.

las cartas (2017: 146), y a Miguel Donoso como parte de un “anecdotario” presente en la crónica de Góngora Marmolejo (2011: 56).

Concha plantea que “[e]n los escritos del siglo XVI que se relacionan con el Reino de Chile, la sombra de un cautivo cruza a menudo y se alza a veces a un rango casi fundacional” (1986: 12). La bibliografía especializada en el tema corrobora este valor y, por lo mismo, encontramos importantes trabajos teóricos focalizados en la reconstrucción histórica o en el reconocimiento de particularidades literarias distintivas relacionadas con este cautiverio<sup>2</sup>, sin embargo, no hay investigaciones que consideren el *scriptorium* en conjunto o se interesen por develar los sentidos que el cautiverio adopta en cada uno de los registros, aun cuando se advierten lecturas que anticipan perspectivas para el tema: según Donoso, por ejemplo, el cautiverio en la crónica de Góngora Marmolejo queda inscrito como uno de los tantos padecimientos que debieron enfrentar los soldados para llevar a cabo la conquista de Chile y, en consecuencia, sirve para enaltecer a estas figuras (2011: 57). Así, el investigador concluye que este cautiverio “teje la historia de los esforzados hombres que muchas veces comprometieron su libertad y a veces dejaron la vida buscando hacer realidad para la Corona la meta de la conquista y pacificación de los remotos territorios del Reino de Chile” (2011: 64–65), con lo cual queda abierta la pregunta para los otros textos, pues, a fin de cuentas: ¿qué se pretende conseguir con la textualización de un mismo evento?, ¿cuál es el sentido que adopta el cautiverio en cada uno de estos registros?, ¿responde a constelaciones textuales individuales o a un universo textual compartido?

Para responder estas interrogantes nos adentraremos en el corpus a partir de una metodología comparativa-contrastiva, prestando atención a los sentidos que adopta la textualización del cautiverio en el *scriptorium*. Desatar estos nudos implica comprender que “la experiencia del cautiverio y su mitología son solo un microcosmos de un juego de poder más abarcador” (Pérez Gras, 2013: 385), es decir, se deben considerar las bases ideológicas que sostienen estos relatos. En el caso del cautiverio de Monroy y Miranda proponemos dos categorías: el poder, traducido en la superioridad que ostentan los españoles frente a los indígenas o en la inversión de esta imagen, y el ser, específicamente en lo que respecta a la problematización de las identidades y subjetividades de los cautivos.

## II

Tras el incendio de Santiago en 1541, Valdivia se vio obligado a enviar a Monroy y otros soldados al Perú para que “volviese[n] con el socorro que pudiese traer” (1991, IX: 143)<sup>3</sup>. Vivar refiere la misma información y transcribe, además, el encargo que se hizo al teniente: “volver breve, y que mirasen la necesidad y trabajo en que quedaban” (1988: 131). Valdivia advierte en sus cartas, de igual manera, sobre el riesgo que implicaba atravesar los valles indómitos del norte, por lo que menciona que Monroy “se ofreció al peligro tan manifiesto por servir a vuestra Majestad y traerme remedio” (1991, II: 67).

<sup>2</sup> Véase: Barros Arana, 2000; Concha, 1986; Donoso, 2011; Mira, 2013; Triviños, 2000; Zugasti, 2011.

<sup>3</sup> Al parecer se trataría de Alonso de Monroy, Pedro de Miranda, Pedro Pacheco, Juan Rasquido, Pedro Castro y un último soldado cuyo nombre se ignora.

Una de las primeras acciones que ordenó Valdivia tras su llegada a Chile fue la construcción de un bergantín en la zona de Aconcagua, sin embargo, la embarcación fue destruida durante los alzamientos indígenas tempranos, convirtiendo la ruta por tierra en el único camino posible. Monroy y Miranda emprendieron el viaje con las provisiones mínimas, incluso se lee en una de las cartas: “se sufría darle más” (VIII: 116). A pesar de esta desoladora descripción, en la correspondencia se agrega que los soldados llevaban consigo oro, que había sido fundido para su transporte:

porque no fuesen tan cargados con el oro, por el peligro de tan largo camino [...] hice seis pares de estriberas para los caballos, y guarniciones de espadas; y de las de hierro, con otro [poco] que se halló entre todos, hice hacer a un herrero que truje con su fragua cincuenta herraduras hechizas y ochocientos clavos (III: 85-86)<sup>4</sup>.

En las obras de Vivar y Góngora Marmolejo también se hace una referencia al oro fundido, que al adquirir nuevas formas podía ser llevado al Perú más fácilmente, además de convertirse en un elemento fundamental para generar una ilusión de riqueza que permitiera obtener mayores recursos materiales y humanos para continuar la conquista. Pero el escenario del viaje es sumamente complejo, incluso Valdivia sugirió a Monroy y a sus compañeros “ir a noche y mesón” (III: 85), frase que también se reconoce en Vivar y cuyo significado Ángel Barral explica: “equivale a decir viajar por territorio extraño aprovechando la noche, esto es, ir con cautela y cuidado” (1988: 131).

Al llegar al valle de Copiapó los soldados descubrieron que los indígenas “se encontraban nuevamente sobre las armas” (Téllez y Silva, 1989: 57). La secuencia alusiva al cautiverio comienza en todos los textos a partir de este punto y problematiza el cumplimiento del viaje. Si bien el relato es el mismo dentro del *scriptorium*, su sentido varía en función de los intereses que Valdivia y los cronistas exhiben. Ahora bien, a pesar de constituirse como constelaciones textuales individuales, el episodio tributa finalmente a un mismo universo textual, que anula incluso aquellas tensiones declaradas explícitamente que, en la superficie, menoscaban la imagen gloriosa de la conquista de Chile.

### III

En el texto de Vivar, los soldados fueron interceptados por “dos capitanes indios del valle, que el uno se llamaba Cateo y el otro Ulpar, y traían consigo cincuenta indios de guerra” (1988: 135). Valdivia solo se limita a decir que “llegado al valle de Copiapó, le mataron los indios los cuatro compañeros y prendieron a él y al otro” (1991, VIII: 166). Esta omisión no es azarosa, sino que tiene como objetivo evitar entrar en detalles sobre la pérdida de poder. Góngora Marmolejo, interesado en explicitar desde las primeras líneas el padecimiento de los españoles, a diferencia de Valdivia y Vivar, no tiene estos reparos e

<sup>4</sup>Vivar repara en lo mismo: se refiere a “seis herraduras y cien clavos, y de este oro hicieron estribos y pomos y guarniciones de las espadas y colleras a los cuellos” (1991: 131).

indica inmediatamente que “fueron salteados de los indios; peleando con ellos, sin dejalos subir a caballo ni dalles lugar para ello, mataron a los cuatro, y al capitán Monroy y Pedro de Miranda prendieron” (2010: 119).

En la crónica de Vivar se atribuye a Francisco de Gasco la responsabilidad por la captura de los soldados, pues este antiguo español, que ahora vive entre los indígenas, envía a llamar a la comitiva en señal de paz (1988: 135), hecho que le permite a Vivar aminorar la futura pérdida del poder al no textualizar una derrota en términos armados. La aceptación de la paz por parte de los indígenas queda sellada con una celebración, aun cuando los soldados están plenamente conscientes de la “traicionera recepción” que preparan Aldequín, cacique principal del valle, y los suyos (Donoso, 2011: 60). Las cartas y crónicas indican que el ataque es perpetrado la noche siguiente y tiene como resultado el asesinato de gran parte de la comitiva y la huida de Monroy y Miranda en estado de indefensión.

Mariño de Lobera no oculta lo sucedido y sostiene que los españoles huyeron “sin guia, ni cosa que comer por aquellos arenales secos y estériles, donde era cierta su muerte mui en breve” (1865: 81). En este escenario, Vivar transcribe las órdenes de Aldequín: “que no volviesen sin traer las cabezas de aquellos españoles” (1988: 137) y agrega que Monroy y Miranda “siguieron su camino y anduvieron tres días que no atinaron con el camino real, y como les fatigaba la sed y hambre y los caballos fatigados, no tenían remedio sino el de Dios” (p. 137), en un tono más mesurado que el texto de Mariño de Lobera, en cuyo caso los fugitivos “ya desfallecían, y estaban sin esperanzas de remedio humano” (1865: 81).

En este sentido, la pluma de Vivar es más cercana a la de Valdivia, pues ambos intentan encubrir la pérdida del poder por parte de los peninsulares. Un claro ejemplo en el texto de Vivar ocurre cuando Cateo encuentra a los soldados fugitivos, quienes se muestran dispuestos a enfrentarse por las armas a las indígenas: “con todo su trabajo querían más morir peleando” (1988: 137) o en el episodio alusivo a la captura, que se explica en función de las habilidades diplomáticas de Cateo, quien “les dijo en lengua del Cuzco: Ama raza –que quiere decir, esperaos que os quiero hablar primero–. A mí me ha mandado Aldequín que os lleve vivos allá y que no tengáis miedo” (p. 137).

Por su parte, Mariño de Lobera ofrece un relato en el que la inferiorización de los españoles se vislumbra claramente, pues Cateo “[llegó] diciendo que se rindiesen luego los dos dejándose de resistencias; donde no, que desde allí los pasaran asaeteándolos sin remedio” (1856: 81). En este caso la exposición se complementa con imágenes que denotan la misericordia de los indígenas frente a los españoles capturados, a saber: “[Cateo los] prendió sin jénero de aspereza i muestra de rigor, ántes les dió de comer, y beber de que estaban mui necesitados: y luego los indios herbolarios buscaron unas yerbas con que los curaron de las heridas” (p. 81)<sup>5</sup>.

De esta manera, Mariño de Lobera no encubre la pérdida de poder en su crónica e integra un simbolismo categórico: “[los soldados] respondieron con las obras arrojando las espadas” (p. 81), además agrega que Monroy siente “que ántes era para él gran contento

---

<sup>5</sup> Es probable que estos pasajes se deban a la influencia del padre Bartolomé de Escobar en la edición del manuscrito.



ser preso por mano de tan valeroso capitán, pues siendo él tan aventajado a todos, no era infamia sino mucha honra dél y su compañero, el ser prisioneros suyos” (p. 81). En la obra de Vivar la situación es similar, incluso, a pesar de contradecir sus propios objetivos, el cronista reconoce la “victoria” que han tenido los indígenas frente a los españoles (1988: 138). De ahí en más el tránsito de los soldados capturados hacia el campamento indígena no escatima en humillaciones, tal como lo describe Mariño de Lobera en su crónica: “[se les] llevó presos con mucha jente que los rodeaba, y por el camino les iba diciendo muchos baldones y befas como a hombres infames, amenazándolos con castigos mui crueles, y extraordinarios” (1865: 82).

Góngora Marmolejo indica que ingresaron “[con] las manos atadas y sogas a la garganta” (2010: 138), mientras Mariño de Lobera deja constancia de las instrucciones que les fueron dadas a los soldados: “postráos luego en tierra, y besad los piés a vuestro señor el cacique Andequin, pidiéndole misericordia, que él es bueno y os la otorgará” (1865: 81), asumiendo la posición de subordinación que la perspectiva europea le había reservado a los habitantes del Nuevo Mundo. De acuerdo con el relato que se hace en las crónicas, los españoles fueron inicialmente entregados para ser sacrificados:

[h]abiendo dicho esto, los entregó a un indio que habia muchos años tenia por oficio sacrificar, como aquel Lisimaque, sacerdote de Minerva, que le sirvió deste ministerio sesenta y cuatro años, vestido con una ropa larga que le daba a los pies, y en lugar de bordon traía una hacha de cobre, y lo que sacrificaba este indio eran hombres, como lo hacian los italianos ofreciendo a Júpiter sangre humana, y los cartagineses que ofrecieron doscientos mancebos a Saturno (pp. 81-82)<sup>6</sup>.

Vivar recurre a esta misma imagen, en la que se equipara el mundo indígena con el mundo grecolatino precristiano, agregando que “con aquella hacha amagaba a los dos españoles ciertas veces, como que les querían hender las cabezas” (1988: 138). En este escenario, Mariño de Lobera transcribe la pregunta hecha por Aldequín que salvó la vida de los soldados: “c[ó]mo se llamaba el capitán principal de los españoles que estaban en el valle de Mapuche; a lo cual respondió Alonso de Monroy que se llamaba don Pedro de Valdivia” (1865: 82). La respuesta permite la salvación de la vida debido al temor que produce en el cacique tomar conocimiento de la presencia de Valdivia, pero no constituye una recuperación del poder, pues Monroy y Miranda siguen a merced de los indígenas del valle.

A esto se suma una situación en apariencia incidental: “habia en aquel pueblo una cajuela con dos flautas [y] Pedro de Miranda, que era el compañero de Alonso de Monroy, comenzó a toca[r] aquel instrumento porque era mui diestro en ello, con el cual tenia abobados a los indios” (p. 82). Góngora Marmolejo da cuenta de la misma circunstancia y complementa la información con una comparación: “remedando en parte a Orfeo cuando fue en busca de su mujer al infierno” (2010: 120), símil que también encontramos en Mariño de Lobera con ciertas variantes: “Mercurio que con el dulce tocar de su fístula

<sup>6</sup> En los rituales cartagineses se sacrificaban recién nacidos y en este caso, mancebos. Para ampliar, véase: “En torno a los sacrificios humanos en la antigüedad” (Guerrero, 1983).

tuvo enbelezado a aquel Argos de los cien ojos provocándole a sueño, hasta que los vino a cerrar todos durmiendo” (1865: 82)<sup>7</sup>.

En la versión de Góngora Marmolejo, Miranda suplica por la vida de Monroy, convenciendo a los indígenas de que este “les había de servir de caballerizo y mostralles a andar a caballo” (2010: 120), mientras que la información presente en la crónica de Mariño de Lobera difiere en este punto, al señalar que es el propio teniente quien se ofreció para ello (1865: 82). A pesar de estas diferencias, en todos los casos los soldados quedan al servicio de los indígenas, en una clara inversión de los roles. Miguel Donoso infiere, con respecto a esto, que los habitantes del valle se habían apropiado “[d]el arte de la música y el arte de cabalgar, representativos del poder civilizador” (2010: 119).

En este escenario hay quienes exigen la muerte de los cautivos, por ejemplo, don Diego, un indio convertido al cristianismo, quien se dirige al cacique “diciéndole cuanto le convenia dar fin a aquellos españoles, pues era jente tan ruin [...] y que no se podria esperar dellos sino mucho mal i alguna traición que le costase a él la vida, y a otros muchos de los suyos” (Mariño de Lobera, 1865: 83). Este fragmento de la *Crónica del Reino de Chile* parece apuntar a una desmitificación del discurso de la conquista, porque exhibe una imagen que va en desmedro de los peninsulares y sus acciones. De hecho, el propio Mariño de Lobera al describir las noches de Monroy y Miranda como cautivos señala que estas las pasaron “con harto trabajo, y no menos miedo” (1865: 82).

Luego de tres meses los españoles logran huir de sus captores. De acuerdo con Gilberto Triviños, el escape de los soldados significaría su transformación en héroes (1994: 94), perspectiva con la que también acuerda Concha y que le permite concluir que “el cautivo resulta una carta útil para Valdivia” (1986: 12–13). Si bien esta consideración de Monroy y Miranda como héroes no resulta tan evidente en las crónicas, en todos los casos se pondera el actuar de estos personajes. Vivar, por ejemplo, sostiene que Monroy “había de ir a lo que había de ir o morir en la demanda” (1988: 140), el mismo sentido que se adopta en el relato de Góngora Marmolejo y Mariño de Lobera, aun cuando este último presenta una postura crítica más marcada frente al proceder de los españoles. Reconocemos, así, una de las particularidades que menciona Chang-Rodríguez sobre los cautiverios: estos, antes que hablar de los captores, remiten a la estampa de los capturados (citado en Barraza, 2012: 534).

En cuanto a la huida de los cautivos, encontramos características similares en todo el corpus:

Pedro de Miranda finjió cierto dolor agudo, y quejándose mucho intimaba del mal gravemente. El cacique teniéndole compasión se apeó del caballo a darle algún socorro, y como Pedro de Miranda le vió en el suelo, y junto a su estribo sacó una daga que siempre habia tenido escondida en lo mas secreto de su cuerpo, y dió de puñaladas al cacique dejándole tendido cual otro Joab a su amigo Amasa al tiempo del mayor regalo (Mariño de Lobera, 1865: 84)<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Sobre el viaje de Orfeo, véase: *Geórgicas*, libro IV, Virgilio. En el caso de Mercurio y Argos, véase: *La metamorfosis*, libro I, Ovidio.

<sup>8</sup> Esta referencia, que amplía el campo semántico del relato al universo cristiano, remite al asesinato perpetrado por Joab en la biblia. Para ampliar, véase: 2 Samuel, 3: 22-39.

Valdivia menciona que “el capitán Monroy “[...] mató al cacique principal a puñaladas” (1991, II: 69), mientras que Vivar señala que Miranda “como se vio con la espada, volvió [a] Aldequín, que iba huyendo con la rabia de la muerte, y diole una cuchillada que le derribó luego” (1988: 140). Triviños agrega que “[l]a sangre por ellos derramada con su huida constituye [...] un hecho heroico admirable, «digno de eterna memoria y del valor de tan grandes capitanes»” (1994: 94), mientras que, para cerrar el ciclo narrativo, Vivar sostiene que “muerto este señor no tenían temor de los demás” (1988: 139), pasaje que da por sentado la recuperación del poder. En el texto de Mariño de Lobera se especifica que fueron “cinco muerto[s]” y se integra una referencia bíblica: “como el bravoso capitán Holofernes murió de manos de Judith” (1865: 84)<sup>9</sup>.

A pesar de esta recuperación, Vivar reconoce el dilema en que se encuentran los soldados, en tanto deben continuar el viaje rumbo al Perú o regresar a Santiago (1988: 140), mientras que Góngora Marmolejo, a pesar de presentar nuevamente a Monroy y Miranda como personajes que sufren, los enaltece al describirlos como “hombres que con ánimo valeroso se determinan a cosas grandes” (2010: 121). En este punto crucial del relato los soldados españoles, solos y desprovistos, deben emprender un camino incierto: entonces se hace presente la ayuda divina. Valdivia es el primero que recurre a la imagen de la divinidad para explicar la situación, indicando que sus hombres “se pudieron salvar, mediante la voluntad de Dios” (1991, VIII: 116), en alusión a una situación que Triviños describe como “el auxilio de dios a los elegidos” (1994: 30), y tiene uno de sus momentos cúlmine cuando estos encuentran un carnero en el desierto, un “milagro” en palabras de Góngora Marmolejo (2010: 121). De ahí que Donoso califique el cautiverio en la crónica de Góngora Marmolejo como una “estrategia narrativa” (2011: 63), que se ve complementada con “una clara intervención de la Providencia divina” (p. 62).

La figura de los soldados se engrandece con su tránsito rumbo al Perú. Incluso Mariño de Lobera utiliza una imagen escatológica para otorgarle un carácter más dramático al relato, al señalar que el recorrido fue realizado “teniendo por guía en aquel espantoso despoblado, los muchos cuerpos muertos de hombres i caballos que estaban por todo el camino, y parecen vivos aun cuando haya quinientos años que murieron” (1865: 85). En las cartas de Valdivia la exposición continúa respondiendo a los códigos de la superioridad peninsular y, en este sentido, es seguido de cerca por Vivar. Por su parte, Góngora Marmolejo recurre una vez más al sufrimiento para concluir que gracias a estos esforzados soldados la conquista de Chile pudo continuar, motivo que se advierte también en Mariño de Lobera, quien, a pesar de presentar un relato más crudo, termina invocando esta misma imagen.

#### IV

Pérez Gras sostiene que los cautiverios se encuentran asociados con procesos de transformación (2013: 381), en este caso un proceso definido a partir de la barbarie, como devela Mariño de Lobera al referirse a Copiapó como el territorio “destos bárbaros” (1865: 80). En este lugar habita Francisco de Gasco, un cautivo que termina entregándose

<sup>9</sup> El hecho alude a la decapitación de Holofernes a manos de Judith. Para ampliar, véase: Judith, 12 y 13.



a las costumbres de sus captores, como bien señala Valdivia en sus cartas al referirse a “un cristiano de los de Almagro que allí [Monroy] halló hecho indio” (1991, III, 87)<sup>10</sup>. Su aparición es fundamental, pues posibilita la distinción entre los grupos. Elena Altuna señala al respecto que “[t]anto el náufrago como el cautivo atraviesan un límite, ciertamente incómodo para la mentalidad eurocéntrica” (2004: 14). Al decir que Monroy lo halló hecho indio, Valdivia revela un proceso de transmutación del ser, fenómeno que también se advierte en otros registros del periodo, como en el caso de Guerrero en las cartas de Hernán Cortés (Concha, 1986: 11; Triviños, 1994: 83), y que correspondería a una situación común en el contexto de conquista y colonización pues “[muchos soldados] voluntariamente se habían pasado a los indios” (Nacuzzi, 2011: 4).

La imagen expuesta en las cartas de Valdivia adquiere tintes negativos debido a que se trata de un cristiano que ha adoptado las costumbres indígenas. Según Mariño de Lobera, Gasco ya tenía vínculos familiares con los habitantes del valle para el momento en que Monroy y Miranda fueron capturados: “estaba ya tan de asiento que tenía mujeres indias y algunos hijos en ellas” (1865: 80). De esta manera, el personaje no solo habría sucumbido a la “mezcla interétnica” (Triviños, 2000: 3), sino que también habría asumido una posición relevante dentro de la comunidad, pues según consta en el relato de Mariño de Lobera: “[lo] reverenciaban porque sanaba cualquier enfermedad” (1865: 80), incluso habría “sanado de una enfermedad a uno de los caciques principales” (Santa Cruz, 1902: 17)<sup>11</sup>. Mariño de Lobera justifica el actuar de este personaje recurriendo al imaginario cristiano: “nuestro Señor suele concurrir a tales maravillas con hombres de ménos santidad por ser la ocasión, y necesidad mayor” (1865: 80). Al analizar estos pasajes, Concha pone de manifiesto la probable intervención del padre Bartolomé de Escobar en la edición de esta crónica: “[d]e guerrero a médico, de la destrucción del cuerpo a la curación de las enfermedades: tal es la lógica subyacente en el fenómeno y que posiblemente el autor jesuita se complace en recalcar” (1986: 15). Por lo tanto, no hay inicialmente una transformación en Gasco, es más, este “[vivía] con estos infieles diciéndoles ser cristiano, y que en nombre de Jesucristo hacia las cosas que ellos vian” (Mariño de Lobera, 1865: 80).

En este sentido podemos afirmar, siguiendo los planteamientos de Altuna, que en los relatos de cautiverio la matriz cristiana sostiene el “discurso imperial”, por lo que su ausencia implica la transformación de la hegemonía peninsular en subalternidad (2004: 19), así, este proceso es evidente para Valdivia: Gasco es inferior y su lejanía con el cristianismo es la única prueba que sostiene dicha premisa. El cautiverio se erige entonces como una instancia de transformación y en aras de contribuir con esta comprensión, Mariño de Lobera indica que allí donde Monroy y Miranda se encontraban cautivos había “unas figuras de ídolos mal formados” (1991: 82), elementos que están en la primera línea de incitación hacia una transmutación del ser.

---

<sup>10</sup> Varios autores han señalado que Gasco habría pertenecido a las filas de Valdivieso (Donoso, 2011: 60; Garrido y González, 2020: 37; Góngora Marmolejo, 2010: 121; Santa Cruz, 1902: 17). No sería casual, entonces, que Valdivia lo asocie a Diego de Almagro, su antecesor en la conquista del territorio, en tanto mecanismo para imponerse también sobre esta figura.

<sup>11</sup> Para explicar la aceptación de Gasco por parte de los indígenas, Mira recurre a su “origen mestizo” (2013: 107).

Valdivia agrega que Gasco está allí por su propia voluntad, a diferencia de los otros cronistas, que lo presentan también como un cautivo. Vivar anota que “había nueve meses que estaba allí en poder de indios” (1988: 135) y Góngora Marmolejo que “estaba entre los indios preso muchos días” (2010: 121). En sus cartas Valdivia es enfático al señalar que “éste fue causa de la muerte de sus compañeros, y del daño que le vino” (1991, II, 69), y aunque Vivar no lo culpa de inmediato por la suerte de la comitiva, de igual manera le atribuye cierta responsabilidad. Cuando Monroy y Miranda escapan por primera vez, Mariño de Lobera transcribe la conversación de Gasco con el cacique principal, según la cual “aquellos dos cristianos que iban huyendo, no sabían por donde iban, y habían luego de perderse, y que con mandar le fuesen siguiendo por el rastro darían con ellos, y se los traerían presos” (1865: 81). Bajo esta lógica, Mariño de Lobera lo describe como “mas bárbaro que los mismos indios” (p. 84), consideración que revela la identidad que ha asumido este antiguo cristiano y que corresponde a una transformación que no opera sobre los soldados, quienes logran huir del valle siendo los mismos que entraron en él (Concha, 1986: 13).

Ahora bien, un hecho interesante sobre estas transmutaciones ocurre con los indígenas en términos de la subjetividad. Mariño de Lobera se refiere a ciertos “indios convertidos”, específicamente a doña María, “la cual debió de convertirse cuando pasaron los de Almagro, o el mesmo Valdivia” (1865: 82); y don Diego, “que era cristiano convertido, y bautizado por los españoles” (p. 83). Vivar agrega a la hermana de Aldequín, que aunque no corresponde a una “india cristiana” presenta un claro paralelismo con las intervenciones marianas por cuanto su intercesión es la que salva a los cautivos:

tomó dos vasos del vino que ellos beben, y bebió ella el uno y dio el otro al capitán Monroy, y lo mismo hizo al que estaba con él, porque esa ceremonia se hace entre ellos, que dando de beber semejante señora a cualquiera prisionero está cierto que no morirá por aquella vez (1988: 139).

En la obra de Mariño de Lobera es Lainacacha quien intercede por ellos<sup>12</sup>. El cronista escribe que “[l]uego que llegó a sus oídos la prisión de los españoles, les envió un recado prometiéndoles su favor y amparo, y un brebaje substancial y regalado, con que tomaron refección y se consolaron” (1865: 82), lo que se asocia con el imaginario cristiano y deja en evidencia una veta distinta de la transmutación, cuya presencia en la crónica responde a la importancia de la conversión espiritual como velo para encubrir la conquista por las armas.

De esta manera, la aparición de Gasco en el relato es útil para Valdivia, pues este personaje ha sucumbido al proceso de transformación. Concha agrega que la resistencia de Monroy y Miranda frente a la posibilidad de adoptar las costumbres indígenas durante el cautiverio es un elemento fundamental para enaltecerlos (1986: 13), conclusión que

<sup>12</sup> Garrido y González sostienen que esta fue una importante mujer de la sociedad indígena local que medió en su nombre, posiblemente como una maniobra política para ganar la confianza de los españoles (2020: 137).

también se reconoce en Massmann, para quien “los relatos de cautiverio insisten más en reafirmar la identidad del cautivado y marcar las diferencias entre civilización y barbarie que en relativizarlas” (2011: 162). En este sentido, Valdivia sostiene en el contexto del cautiverio que Monroy “es hijodalgo y hombre [para todo] y para mucho” (1991, III, 87), remitiendo no solo a la masculinidad hegemónica, sino a su condición de ser. Góngora Marmolejo utiliza la misma figura de “hombre de verdad” (2010, p.128), que le permite anticipar la única transformación que opera sobre estos soldados, quienes se convierten en “varones ejemplares” (Triviños, 1994: 30)<sup>13</sup>.

El cautiverio concluye con el escape de Monroy y Miranda, que también incluyó a Gasco, quien fue llevado contra su voluntad como se advierte en el siguiente pasaje de la crónica de Mariño de Lobera: “comenzó a temblar y argüir de temeridad a los dos matadores, los cuales le dijeron que callase, y subiese sin dilación en un caballo de aquellos” (1865: 84). Valdivia da cuenta de la misma situación, pero abre la posibilidad a una recuperación de la identidad y subjetividad perdida por parte de Gasco: nuevamente español y cristiano (1991, II, 69; III, 87). De esta manera, al ser llevado al Perú, “[e]l cristiano hecho indio de las cartas de Valdivia se convierte en un cautivo” (Triviños, 1994: 162), en una ecuación que para Vivar tiene como objetivo equilibrar la balanza, al “llevar al otro español consigo, que fue parte de que a ellos les aconteciese aquella desgracia, por fiarse de él como de español” (1988: 139).

Para aminorar la violencia de la escena, Vivar se refiere a la piedad con la que actuaron los soldados: “el capitán le decía muchas cosas animándole que se fuese con ellos” (p. 140), algo que difiere de la crónica de Mariño de Lobera, en donde prima la coerción: “aunque él comenzó a rehusarlo le compelieron a ello, diciendole le matarian si repugnase un solo punto” (1865: 84). Por su parte, Valdivia indica que “salieron llevando por fuerza aquel transformado cristiano” (1991, III, 87), revelando la violencia como único modo de reasimilar los códigos que constituyen el ser.

Al referirse a este suceso, Concha señala que la resistencia de Gasco de abandonar el valle es la mejor prueba de que este “se ha hecho indio de verdad” (1986: 14). Es por ello que Mariño de Lobera agrega que “[a]penas habían puesto los piés en el Perú en tierra poblada cuando Francisco Gasco se huyó de sus dos compañeros desapareciendo de manera que hasta hoi ha habido rastro dél (1865: 85). Sobre su incierto destino, Concha escribe: “intuimos cual fue” (1986: 14), dando por sentado su regreso a Copiapó. Valdivia elide esta información pues sería contraproducente para su discurso, en tanto demostraría que el actuar de sus hombres no fue efectivo. El término de la secuencia nos lleva a considerar los postulados de Pérez Gras sobre el retorno de los cautivos: “[e]l problema es que volver al lugar de origen no implica de ninguna manera «volver a ser el de antes», puesto que no es posible borrar la marca del cautiverio” (2013: 390), un fenómeno que se aprecia claramente en Gasco, quien ha regresado al valle de Copiapó con “los suyos”.

---

<sup>13</sup> A la hora de registrar cambios negativos, estos solo se indican a nivel corporal, como revela Mariño de Lobera: “iban tan desfigurados que era cosa para ver” (1865: 81), pero estas transformaciones, finalmente, no tienen injerencia en el relato.

## V

El análisis del cautiverio revela la influencia del poder y del ser en la estructura profunda de estos relatos. Si bien el episodio muestra una disminución en cuanto a la superioridad de los peninsulares, Valdivia reduce esta incidencia al omitir la pérdida del poder. Los detalles que provee se focalizan principalmente en el ser, a través de la referencia que se hace a Gasco dentro de sus cartas, personaje sobre el cual operan procesos de transformación que se traducen en la pérdida de la identidad (española) y de la subjetividad (cristianismo). Vivar comparte, en general, los lineamientos de este relato, aunque agrega componentes que problematizan la posición de los soldados durante el cautiverio. Incluso integra simbolismos que dan cuenta de la pérdida del poder, como el reconocimiento de la captura victoriosa de los españoles por parte de los indígenas, cuyo valor se equipara al de Monroy y Miranda.

En esta crónica Gasco es presentado bajo la misma lógica que se registra en las cartas de Valdivia: se lo responsabiliza por la suerte de la comitiva y permite dar cuenta de los procesos de transformación que ocurren durante el cautiverio. Góngora Marmolejo, por otra parte, es quien se detiene en la exposición del sufrimiento: sus imágenes sobre los padecimientos de los españoles son altamente elocuentes, pero, a pesar de ello, los soldados logran imponerse frente a la adversidad. En cuanto a Gasco, se lo menciona como un cautivo, pero no se proveen detalles que permitan articular un panorama más complejo, pues su interés es la narración del cautiverio y su superación. En el caso de Mariño de Lobera también se reconoce la pérdida del poder, pero sin encubrirla ni reducirla, siendo su obra la que aporta una visión crítica más marcada respecto del actuar de estos hombres. En términos escriturales se reconoce en este texto la influencia del padre Escobar, editor del manuscrito, sobre todo en las referencias bíblicas, el relato de la conversión de los indígenas y la consideración de Gasco como un cristiano, ya que sus milagrosas sanaciones se explican a partir de la fe.

El asesinato de los captores y la huida es el momento en que todos estos relatos comienzan a confluir. El tránsito de los soldados da por sentado la superación del cautiverio y anula cualquier tipo de tensión, movilizándolo hacia un solo universo textual. De esta manera, Valdivia concluye su narración con la llegada de sus hombres al Perú, donde fueron recibidos por Vaca de Castro, quien “le[s] favoreció con su abtoridad” (1991, II: 69) y mostró interés en apoyarlos. Donoso sostiene que dicho interés radica en “[l]a impresión que sus estribos de oro, milagrosamente conservados durante el cautiverio, produjeron en el campamento del nuevo gobernador del Perú” (2011: 63). Sin embargo, lo cierto es que Vaca de Castro asumió como suya la responsabilidad al considerarse también gobernador de la Nueva Extremadura, sin saber que Valdivia ya había obtenido un nombramiento propio por parte del cabildo de Santiago.

El regreso de los soldados se realizó hacia finales de 1543 y su consecuencia inmediata fue una campaña de represión y castigo de los indígenas en el valle de Copiapó, cuya descripción se ve morigerada en la crónica de Mariño de Lobera, quien presenta a los españoles piadosos ante las súplicas de los indígenas: “[e]l jeneral le abrazó con grandes muestras de alegría [...] y juntamente le dijo que por su respeto alzaba mano de la guerra sin tratar de vengarse, ni dar el debido castigo a los que lo merecían” (1865: 86). La llegada a Santiago, además, da cuenta del retorno: uno de los componentes más

importantes de los relatos cautiverios, según señala Pérez Gras (2013: 381). En todos los textos del *scriptorium* analizados, los soldados que regresan a Chile no son los mismos que alguna vez emprendieron el viaje, son los héroes que vuelven triunfales a la Nueva Extremadura, convirtiendo este episodio en algo más que una historia sobre el cautiverio de dos españoles en el valle de Copiapó: es una historia sobre un poder que no se subvierte y un ser que no se transmuta.

## Bibliografía

- Allen, B. (2008). *Naked and alone in a strange new world: Early modern captivity and its mythos in Ibero-american consciousness*. (Tesis Doctoral). Texas: The University of Texas at Arlington.
- Altuna, E. (2004). “Introducción: Relaciones de viajes y viajeros coloniales por las Américas”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 30(60), 9–23. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1221400>
- Barraza, E. (2012). “Los araucanos en la historia: *El Cautiverio feliz* de Francisco Núñez de Pineda y Bascañán”. Ponencia presentada en el *Proceedings of the 10th World Congress of the International Association for Semiotic Studies*, La Coruña, España.
- Barros Arana, D. (2000). *Historia general de Chile. Tomo I*. Santiago: Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Concha, J. (1986). “Requiem por el «Buen cautivo»”. *Hispanamérica*, 15(45), 3–15. <https://www.jstor.org/stable/20539208>
- Cordero, M. de J. (2017). “Cartas de Pedro de Valdivia”. En Massmann, S. (Ed.), *Historia Crítica de la Literatura Chilena: La era colonial* (pp. 139–152). Santiago: LOM.
- Donoso, M. (2011). “Salvados por una flauta: Un notable caso de cautiverio en la *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile* de Góngora Marmolejo”. En Donoso, M., Insúa, M. & Mata C. (Eds.), *El cautiverio en la literatura del Nuevo Mundo* (pp. 55–66). Madrid: Iberoamericana.
- Ferreccio, M. (1991). “El epistolario cronístico valdiviano y el *scriptorium* de conquista”. En Rojas-Mix, M. (Ed.), *Cartas de Don Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de la Nueva Extremadura* (pp. 34–53). Santiago: Andrés Bello y Lumen.
- Garrido, F., & González, S. (2020). “Adaptive Strategies during Times of Conflict and Transformation: Copiapó Valley under the Spanish Conquest in the Sixteenth Century”. *Ethnohistory*, 67(1), 127–148. <https://doi.org/10.1215/00141801-7888777>



- Góngora Marmolejo, A. de. (2010). *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado*. Donoso, M., (Ed.). Santiago: Universitaria
- Guerrero, V. (1983). “En torno a los sacrificios humanos en la antigüedad”. *Maina*, 7, 32–37. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6441498>
- Mariño de Lobera, P. (1865). *Crónica del Reino de Chile*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.
- Massmann, S. (2007). “Casi semejantes: Tribulaciones de la identidad criolla en *Infortunios de Alonso Ramírez y Cautiverio Feliz*”. *Atenea*, 495, 109–125. <https://www.scielo.cl/pdf/atenea/n495/art07.pdf>
- \_\_\_\_\_. (2011). “Encuentros y desencuentros en la frontera: Mujeres mapuches en el *Cautiverio feliz* de Francisco Núñez de Pineda y Bascañán”. En Donoso, M., Insúa, M. & Mata C. (Eds.), *El cautiverio en la literatura del Nuevo Mundo* (pp. 161–168). Madrid: Iberoamericana.
- \_\_\_\_\_. (2017). “Crónica del Reino de Chile (1595) de Pedro Mariño de Lobera”. En Massmann, S. (Ed.), *Historia Crítica de la Literatura Chilena: La era colonial* (pp. 173–183). Santiago: LOM.
- Mira, E. (2013). “Aculturación a la inversa: La indianización de los conquistadores”. En Baraibar, Á., Castany, B. & Serna, M. (Eds.), *Hombres de a pie y de a caballo (conquistadores, cronistas, misioneros en la América colonial de los siglos XVI y XVII)* (pp. 97–116). New York: IDEA/IGAS.
- Nacuzzi, L. (2011). “Los desertores de la expedición española a la costa patagónica de fines del siglo XVIII y la circulación de personas en los espacios de frontera”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 1–13. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.61394>
- Operé, F. (2001). *Historias de la frontera: El cautiverio en la América hispánica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pauner, N. (1997). *Relatos de cautiverio en la Literatura Hispanoamericana*. (Tesis Doctoral). Storrs: Universidad de Connecticut.
- Pérez Gras, M. L. (2013). *Relatos de cautiverio. El legado literario de tres cautivos de los indios en la Argentina del siglo XIX*. (Tesis doctoral). Buenos Aires: Universidad del Salvador.
- Santa Cruz, J. (1902). “Problemas históricos de la conquista de Chile”. *Anales de la Universidad de Chile*, 110, 5–24. <https://anales.uchile.cl/index.php/ANUC/article/view/21749>

- Téllez, E., & Silva, O. (1989). "Atacama en el siglo XVI. La conquista hispana en la periferia de los Andes Meridionales". *Cuadernos de Historia*, 9, 45–69. <https://cuadernosdehistoria.uchile.cl/index.php/CDH/article/view/46670>
- Triviños, G. (1994). *La polilla de la guerra en el reino de Chile*. Santiago: La Noria.
- \_\_\_\_\_ (2000). "No os olvidéis de nosotros: Martirio y fineza en el *Cautiverio feliz*". *Acta Literaria*, 25, 81–100. <https://doi.org/10.4067/S0717-68482000002500008>
- Valdivia, P. (1991). *Cartas de Don Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de la Nueva Extremadura*. Rojas-Mix, M. (Ed.). Santiago: Andrés Bello y Lumen.
- Vivar, J. de. (1988). *Crónica de los reinos de Chile*. Barral, A. (Ed.). Santiago: Historia 16.
- Voigt, L. (2008). "Naufrágio, cativo, e relações ibéricas. A *História trágico-marítima* num contexto comparativo". *Varia História*, 39(24), 201-226. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=384434824010>
- \_\_\_\_\_ (2009). "La «historia verdadera» del cautiverio y del naufragio en los imperios ibéricos". *Revista Iberoamericana*, 75(228), 657–674. <https://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/viewFile/6601/6777>
- Zugasti, M. (2011). "La cara tengo lavada y horadadas las orejas". Españoles cautivos y aindiados en la Conquista de América. En Donoso, M., Insúa, M. & Mata C. (Eds.), *El cautiverio en la literatura del Nuevo Mundo* (pp. 263–287). Madrid: Iberoamericana.